

La dictadura militar en la FCEN

Eduardo Díaz de Guijarro*

Todos los 24 de marzo la sociedad argentina recuerda y repudia el inicio de la dictadura cívico militar de 1976.

En el vestíbulo del Pabellón 1 y en el descanso de una de las escaleras del Pabellón 2, la lista de estudiantes, docentes y no docentes desaparecidos nos muestra uno de los aspectos más dolorosos de aquella etapa.

Algunos de esos compañeros eran militantes de diversas tendencias políticas, otros eran activistas gremiales que se expresaban contra el gobierno. Mientras los homenajeamos como todos los años en la muestra Presencias, consideramos necesario responder también a varios interrogantes sobre la dictadura: ¿cuál fue la causa de semejantes atrocidades?, ¿cómo se vivía en la Facultad durante aquellos difíciles siete años?, ¿qué pasaba en el resto del país y por qué la dictadura se ensañó con las universidades?



Estudiantes pintando la lista de desaparecidos en el vestíbulo del Pabellón 1, luego del retorno de la democracia (Archivo histórico FCEN)

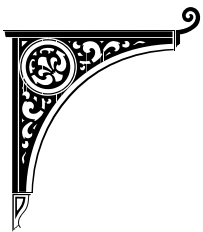
Cómo se vivieron esos años en la Ciudad Universitaria

El gobierno militar veía en las universidades un peligroso foco de oposición. El movimiento estudiantil se había mostrado en los últimos años como uno de los sectores protagónicos de la protesta social, a lo cual se sumaban otros problemas. El cierre de fábricas debido a la nueva política económica disminuía la necesidad de científicos, ingenieros y técnicos, pero además las carreras humanísticas y sociales y la libertad ideológica eran vistas como una amenaza para la "preservación del orden".

Apenas dado el golpe, el gobierno designó interventores militares en las universidades nacionales: en la

UBA el capitán de navío Edmundo E. Said y en la FCEN el comodoro Juan Marinsalda.

Algunos de los temores que desvelaban a estas nuevas autoridades rozaban el ridículo. Dice Ricardo Durán, profesor de la FCEN, que "los militares tuvieron una obsesión muy particular con la matemática. El general Albano Harguindeguy, ministro del Interior, consideraba a la matemática moderna como subversiva... No sé por qué el vector era subversivo, esa parte nunca la entendí. Pero ellos decían que la matemática era peligrosa porque enseñaba al alumno a razonar..." (1). Algo similar ocurría con la biología. Relató Arturo Romano, profesor de la FCEN e investigador del



CONICET, que la represión no era sólo política sino también cultural, y se daba “esencialmente a través de borrar algunas temáticas que eran imprescindibles para ser biólogo, como la teoría de la evolución. Tampoco se daba biología molecular, que actualmente es una base importantísima de la biología y que ya en esa época estaba en auge. Dos pilares esenciales de la biología y nosotros prácticamente no las vimos durante la carrera” (2). Para que esta represión de las ideas y de las expresiones políticas y gremiales fuera posible la dictadura impuso un férreo control de las personas dentro de la Facultad. Irina Izaguirre, bióloga que ingresó a Exactas en 1976 explica cómo era la vida en esos años para un estudiante común: “Me acuerdo de las revisiones policiales. Era algo cotidiano, uno llegaba a la Facultad y te revisaban todas las cosas que traías...” (3). Haydée Pizarro agrega que “además de revisarnos también había mujeres policías que te palpaban. Además, tenías que presentar la libreta universitaria, porque si te la olvidabas no entrabas” (4). No se podían hacer reuniones gremiales ni de ningún tipo y estaban prohibidas las actividades políticas. Quienes cursaron sus estudios en aquellos años recuerdan que a veces un compañero dejaba de asistir a las clases y no volvían a verlo. Había “desaparecido”.

El origen de la dictadura

Los años previos a 1976 habían sido de gran conflictividad social. Durante la dictadura de 1966 a 1973, enormes movilizaciones populares reclamaron mayores libertades públicas y mejoras en sus condiciones de vida. La mayor fue el Cordobazo, en 1969, cuando obreros y estudiantes salieron a la calle, ocuparon la ciudad e hicieron retroceder a la policía. También hubo dos Rosariazos, alzamientos similares en Tucumán y Mendoza y otro en Córdoba en marzo de 1971, el Viborazo. Esta ola de masivas manifestaciones de trabajadores y estudiantes produjo la caída de aquella

dictadura y abrió la puerta a una etapa de florecimiento democrático, que puso fin a la proscripción del peronismo y permitió la llegada de Héctor Campora a la presidencia en 1973.

En la Universidad de Buenos Aires y en particular en nuestra Facultad se revisaron los métodos pedagógicos, se formularon nuevos objetivos para la investigación y se ensayaron nuevas formas de gobierno universitario (5). Sin embargo, la euforia duró poco. Campora fue desplazado del gobierno y en nuevas elecciones se impuso el propio Perón, reemplazado a su muerte por su esposa Isabel Martínez. Pero en todo el país continuaron los reclamos, como en la huelga de los obreros de Villa Constitución en 1975, que afectó entre otras a la siderúrgica Acindar, cuyo presidente era entonces José Alfredo Martínez de Hoz. Mientras tanto, el grupo parapolicial Alianza Anticomunista Argentina (Triple A), dirigido por José López Rega, comenzaba su triste escalada de asesinatos de activistas obreros, militantes políticos opositores e intelectuales, como Silvio Frondizi, hermano de quien fuera rector de la UBA entre 1957 y 1962.

En junio de 1975 el ministro de economía Celestino Rodrigo anunció

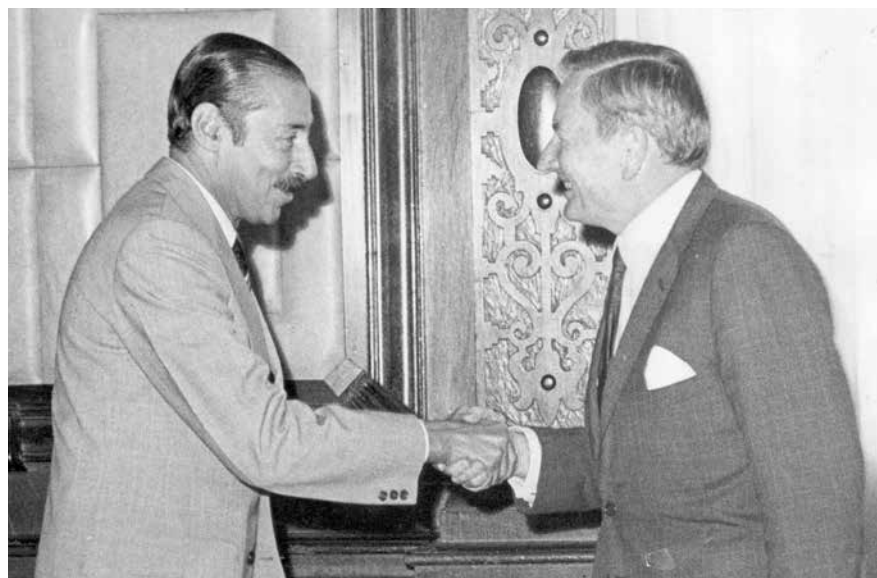
un paquete de medidas de ajuste que se conocieron como “el Rodrigazo”. La movilización obrera logró que Rodrigo renunciara y que López Rega se fuera del país.

Mientras las organizaciones guerrilleras realizaban acciones armadas en diversos puntos del país, las movilizaciones continuaron hasta febrero y marzo de 1976, a días del golpe, cuando los obreros del cinturón industrial de Buenos Aires marcharon en defensa de sus derechos laborales.

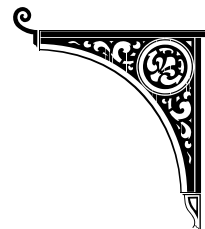
¿Cómo podían los grandes empresarios nacionales y transnacionales frenar esa ola de demandas y asegurar sus márgenes de ganancia?

Un episodio relatado por Emilio Mignone, entonces rector de la Universidad de Luján y luego destacado defensor de los derechos humanos, lo explica claramente:

“En una recepción organizada por la representación del Banco Interamericano de Desarrollo (en abril de 1976)... vimos entrar exultante al general Alcides López Aufranc, que acababa de ser nombrado presidente de la empresa siderúrgica Acindar, sucediendo a Martínez de Hoz... Walter Klein lo felicitó por su designación diciendo: ‘Ahí se necesitaba un hombre enérgico como usted’. López Aufranc sonrió complacido.



El presidente de facto Jorge Rafael Videla dando la bienvenida en la Casa Rosada a David Rockefeller, prominente banquero norteamericano y símbolo del capital financiero internacional (Archivo Histórico FCEN)



Luego la conversación se orientó hacia los rumores de una posible huelga en el sector, señalando Klein que tenía noticias de la detención de 23 delegados de fábrica. El general, creyendo que yo también pertenecía a la banda adueñada del poder, contestó tranquilizándolo: 'No se preocupe, Walter, -le dijo- todos están bajo tierra' (6)."

Martínez de Hoz, ex presidente de Acíndar, era en ese momento ministro de economía de la dictadura y, como tal, ejecutor del plan económico que, ahora sí, la férrea dictadura permitía aplicar: apertura indiscriminada al ingreso del capital financiero internacional; endeudamiento externo; eliminación de las negociaciones laborales colectivas y fijación de salarios por decreto; achicamiento de la industria nacional; prohibición del derecho de huelga y de toda actividad sindical y política.

Según confesó el propio Videla, las muertes y las desapariciones eran necesarias "para ganar la guerra contra la subversión" (7). Pero queda claro que "la subversión" no eran solamente los guerrilleros sino también los militantes obreros, estudiantiles y populares, o sea todo aquel que se opusiera a los objetivos de los grandes empresarios y de sus aliados militares.

Primeras manifestaciones de actividad estudiantil

Mientras la dictadura inundaba las facultades de policías uniformados y de civil, nunca dejó de existir un importante sector que resistía, durante los primeros años en forma clandestina y a partir de 1978 en forma un poco más abierta.

Tal como se relata en el libro *Historia de la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales* (8), en 1978 "los estudiantes de física comenzaron a publicar una revista, *Interacción*, con la idea de discutir temas de política universitaria a la vez que difundían algunas actividades científicas. Contaron inicialmente con la colaboración de varios profesores, pero luego la mayoría comenzó a rehusarse. Se vendían unos 200 ejemplares entre los alumnos de

la carrera en forma semiclandestina. En 1979 los estudiantes de biología comenzaron a publicar *La doble hélice* y en 1980 los de química presentaron *Enlaces*. Todas fueron declaradas ilegales poco después".

Apertura indiscriminada al ingreso del capital financiero internacional; endeudamiento externo; eliminación de las negociaciones laborales colectivas y fijación de salarios por decreto; achicamiento de la industria nacional; prohibición del derecho de huelga y de toda actividad sindical y política fueron los ejes del plan económico ejecutado por Martínez de Hoz bajo el imperio de una férrea dictadura.

El físico Juan Pablo Paz recuerda que "llevabas de a dos, de a cinco ejemplares y los vendías. La declaración de ilegalidad se manifestó cuando a un compañero que llevaba 2 ó 3 revistas lo metieron preso. A veces la policía te revisaba lo que llevabas, y si te encontraban con la revista *Interacción* te llevaban en cana (...) Había una prohibición explícita de las actividades políticas y entonces se consideró que la revista *Interacción* estaba incluida en las actividades políticas de la Facultad" (9). La actividad del centro de estudiantes y de las agrupaciones políticas tampoco se había detenido totalmente. La gran diferencia era que las reuniones debían realizarse fuera de la facultad y en forma clandestina, en casas de familiares o amigos o en algunas iglesias o entidades que accedían a prestar sus locales aunque manteniendo extremas medidas de seguridad.

Las publicaciones gremiales o políticas se distribuían mano en mano en paquetes camuflados, en citas fugaces

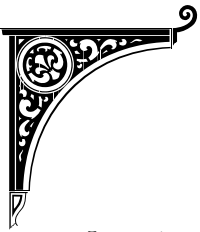
en lugares públicos o en cuidadosos encuentros que no despertaran sospechas a los numerosos policías de civil infiltrados en las facultades y en todos los espacios públicos.

Algunos de estos militantes fueron sorprendidos llevando materiales políticos de propaganda y fueron detenidos, debiendo pasar años en la cárcel o soportar torturas y terminar asesinados; otros fueron secuestrados en sus casas por haber tenido actuación política o gremial pública, por una delación o porque figuraban en agendas de miembros de las organizaciones armadas o de las que el gobierno consideraba subversivas. Algunos de esos casos son los setenta desaparecidos pertenecientes a la FCEN, entre estudiantes, graduados y no docentes. A ellos homenajeamos todos los años mediante la muestra *Presencias*, un conjunto de paneles donde se destaca la biografía y la trayectoria académica y política de algunos de ellos.

Pero muchos otros militantes pudieron eludir la represión y continuaron su tarea de paciente resistencia, denunciando las atrocidades y la política económica del gobierno, y gracias a ellos fue posible que en 1980 y 1981 pudieran realizarse algunas acciones públicas.



Tapa de la revista *Doble Hélice*, 1980

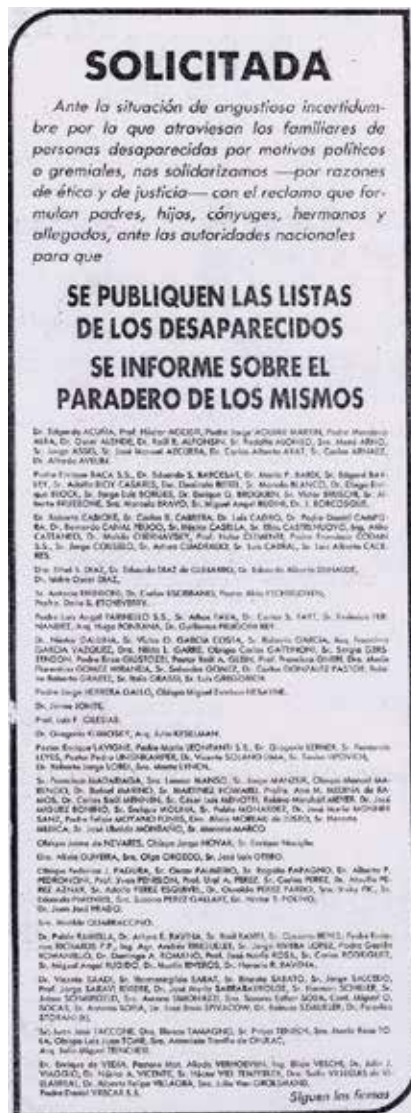


La resistencia cultural y popular: el fin de la dictadura

Las Madres de Plaza de Mayo comenzaron en 1977 la denuncia de la desaparición de personas. Pero ya desde 1975 existía también la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos, entre cuyos miembros fundadores se contaban el obispo católico Jaime de Nevares, la política socialista Alicia Moreau de Justo y el dirigente del gremio docente Alfredo Bravo. Además, en 1979 se fundó el Centro de Estudios Legales y Sociales (CELS), presidido por el abogado Emilio Mignone.

Desde 1980 se publicaron en los medios periodísticos varias solicitudes reclamando por los desaparecidos. Una de las primeras, en 1980, contó con la firma de los escritores Jorge Luis Borges, Adolfo Bioy Casares y Ernesto Sábato, el Premio Nobel Adolfo Pérez Esquivel, científicos como Gregorio Klimovsky y Boris Spivacow, políticos como Raúl Alfonsín y Alicia Moreau de Justo y muchos más.

En febrero de 1980 el gobierno clausuró la Universidad de Luján, hecho que despertó una gran reacción en el ambiente cultural. Se publicaron varias solicitudes de repudio y se creó poco después la Comisión Permanente en Defensa de la Educación (COPEDE), presidida en forma conjunta por Emilio Mignone y el dirigente de CTERA Alfredo Bravo. En el local de la COPEDE se dieron cursos gratuitos para los ingresantes de la UBA, que debían afrontar severos exámenes de admisión y superar cupos que dejaban afuera al 75% de los aspirantes. En dichos cursos y en las conferencias o debates que se realizaban paralelamente en 1980 y 1981 participaron destacados científicos, como Gregorio Klimovsky, que sería decano de la FCEN entre 1983 y 1985, y Felix Schuster, decano de la Facultad de Filosofía y Letras de 2002 a 2006.



Solicitada publicada en Clarín el 12 de agosto de 1980 pidiendo que el gobierno informe sobre los desaparecidos.

Tanto en la COPEDE como en el CELS militó activamente el físico y profesor de la FCEN José F. Westerkamp, afectado personalmente por la represión, pues uno de sus hijos estuvo preso durante ocho años.

En nuestra Facultad el centro de estudiantes realizó algunas actividades públicas, como un picnic por el Día de la Primavera en 1979, que

concluyó con la intervención policial y todos los estudiantes detenidos para ser identificados, pero de allí en adelante el miedo fue cediendo poco a poco. Primero las ya citadas revistas estudiantiles entre 1979 y 1981 y después diversas protestas, como un petitorio en contra del arancelamiento en 1980 y una marcha al ministerio de Educación en octubre de 1981. También hubo expresiones de resistencia entre los docentes y los no docentes.

La dictadura se fue debilitando hasta su crisis final a principio de 1982, cuando la CGT realizó varios actos callejeros, entre ellos el del 30 de marzo. Recuerda Carolina Vera, entonces estudiante y luego vicedecana de la FCEN, que “en la Facultad organizamos la concurrencia a la marcha y fuimos muchos, sin banderas, encolumnados detrás de la CGT” (10). Pocos días después se produjo la frustrada invasión a las Islas Malvinas que precipitó su caída.

Hubo que esperar un año y medio más hasta que en diciembre de 1983 asumió un gobierno elegido por el sufragio popular y el país y sus universidades comenzaron a transitar una nueva etapa.

(*) **Coordinador del Programa de Historia de la FCEN**

Referencias

- (1) Ricardo Durán, *El Cable* N° 837, 26/3/2014
- (2) Arturo Romano, *El Cable* N° 814, 21 de marzo de 2013
- (3) Irina Izaguirre, *El Cable* N° 791, 27 de marzo de 2012
- (4) Haydeé Pizarro, *El Cable* N° 791, 27 de marzo de 2012
- (5) Ver el N° 16 de *La Ménsula*: “Cuando todo se puso en discusión: la FCEN en el 73”
- (6) Emilio Mignone, *Iglesia y Dictadura*, Universidad Nacional de Quilmes, 1999, p.19 – 20
- (7) Ceferino Reato, *Disposición final*, Random House, 2012
- (8) E. Díaz de Guíjarro, B. Baña, C. Borches y R. Carnota, *Eudeba*, 2015
- (9) Juan Pablo Paz, *Cable Semanal* N° 640, 2007
- (10) “Cuando la palabra quebró el silencio”, *La Ménsula* N° 1, abril 2007



La Ménsula

La Ménsula es una publicación del Programa de Historia de la FCEN.

Editor Responsable: Eduardo Díaz de Guíjarro. Director: Carlos Borches. Diseño: Subsecretaría de Comunicación.

Si tiene fotografías, volantes, anécdotas, historias para contar en nuestra publicación, no dude en comunicarse con nosotros.

Mail: mensula@de.fcen.uba.ar o programahistoria@de.fcen.uba.ar Teléfono: 4576-3300 int. 371

